Luis López-Aliaga

LA CASA DEL ESPÍA

Planeta

Luis López-Aliaga

LA CASA DEL ESPÍA

Planeta

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

© 2019, Luis López-Aliaga
Derechos exclusivos de edición
© 2019, Editorial Planeta Chilena S.A.
Avda. Andrés Bello 2115, 8º piso, Providencia, Santiago de Chile

Ilustración de portada: Gonzalo Martínez
1ª edición: octubre de 2019

Inscripción N°: 307.653
ISBN: 978-956-360-650-8

Impreso en: Salesianos Impresores Ltda.

Y el diablo que los engañaba fue arrojado al lago de fuego y azufre, donde también están la bestia y el falso profeta; y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos.

APOCALIPSIS, 20:10

Al fondo el mar repite una advertencia, un rumor o un salmo que esa noche de verano nadie sabrá interpretar a tiempo. En la calle Neptuno —como el dios que habita violento en esos mares—, una casa blanca, de dos pisos, ampliada en varias direcciones, se recorta como una sombra negra sobre el telón oscuro del cielo. El zinc del techo refleja tenuemente las estrellas, manchitas como luciérnagas inmóviles. Desde una de las ventanas del segundo piso —la única iluminada en toda la casa— una silueta humana se proyecta a través de las cortinas. Se desplaza de un lado a otro, sacude los brazos como señalero de aeropuerto y entonces, minutos antes de las diez de la noche, la ventana estalla en una explosión que pone en alerta a los vecinos de ese sector poco transitado de El Quisco, conocido como La Puntilla.

Se demoran en salir a la calle los vecinos, ninguno quiere perderse la actuación de Stefan Kramer en el Festival de Viña del Mar o dejar a medias el trozo de carne del asado o la piscola veraniega. Tamara Plaza lo ve todo mientras hace dormir a su pequeña hija paseándola en la terraza del segundo piso de una casa vecina. Un ruido sordo anticipó la llamarada —dirá luego—, un látigo que golpea y se retrae. Tamara aprieta a su hija contra el pecho y vuelve a entrar a la sala.

Lenguas de fuego se asoman ya por la ventana y comienzan a lamer el techo de la casa blanca, se proyectan hacia el cielo y, por un instante, parecen olas que se desprenden del océano Pacífico. Adentro, la silueta humana es ahora el cuerpo de un hombre que bota fuego por la boca y por las fosas nasales, estelas azuladas como rayos

de animé. El hombre se afirma en el umbral de la pieza donde ha dejado maniatada a la persona de la que vino a vengarse. Es probable que esa persona de casi ochenta años ya esté muerta, debido a la explosión o a las descargas eléctricas previas, pero él en cambio sigue vivo, ardiendo y murmurando uno de los proverbios bíblicos del justo y el impío: "lo que el impío teme vendrá sobre él, el deseo de los justos será concedido…". Él es uno de los protagonistas de esta historia, dueño de una universidad privada y de otros centros de educación avaluados en más de ciento cincuenta millones de dólares. Un hombre moreno, menudo, que hasta hace pocas horas pasaba unas vacaciones apacibles junto a su familia, en el hotel resort Hippocampus de Concón. Abajo, en el primer piso, el Guagua Rusa y Marcelo Moraga, sus ayudantes, han quedado paralizados, incrédulos ante esa figura de fuego que cae de rodillas y repite en voz baja palabras que ya nadie llegará a entender.

PRIMERA PARTE

Julio, 2007

1

El detective privado Bruno Paravic abrió los ojos y sintió, con una fuerza inusitada, que el mundo había cambiado; no *su* mundo —ese terreno íntimo tendiente siempre a la convulsión— sino el mundo en general, el planeta, el universo dentro del cual él no era nada, la nada. Sobre la alfombra estaban sus zapatos, restos de arroz chaufán, una lata de cerveza. Los golpes sobre la cortina metálica se lo confirmaron: esa sensación no era parte de un sueño como creyó al comienzo.

Como los golpes persistían, no le quedó más remedio que levantarse del sofá-cama y, descalzo, con el pantalón y la camisa del día anterior arrugados, cerró los ojos y estiró los brazos hacia el techo. Su cuerpo de primate africano parecía entrar apenas entre esas cuatro paredes llenas de cajas. Atenuadas las principales contracturas que le dejó la mala noche, Bruno Paravic dio un paso largo hacia el escritorio y miró por el monitor.

La pantalla estaba dividida en tres. La primera imagen ocupaba la mitad superior de la pantalla y mostraba la pieza contigua, donde estaban las vitrinas con los implementos que mantenía a la venta: micrófonos con la forma de un botón, bastones eléctricos, tubos de gas pimienta, cámaras insertas en los ojos de un oso de peluche: ahí solo se veía una sombra pareja e inmóvil. Las otras dos cámaras daban hacia la calle y, en los ángulos inferiores de la pantalla, mostraban lo que ocurría en la esquina de Miguel León Prado, donde cruzó un auto que bajó la velocidad para esquivar un hoyo en el pavimento, y la otra mostraba desde arriba la puerta del negocio: ahí estaba la mujer que golpeaba con las palmas abiertas la cortina metálica.

Cuando abrió ruidosamente la cortina se encontró con ella de frente. Era un torbellino que sacudía las manos en el aire, sus ojos pequeños brillaban y de su boca salían, mezcladas con el vaho invernal, palabras de recriminación. Era un mal educado,

le dijo, porque no le contestaba el teléfono y ella le había dejado cientos de mensajes en la contestadora. Quería saber si ya había realizado las diligencias a las que se comprometió: conseguir las imágenes de unas cámaras de seguridad, hablar con los guardias del banco.

Se trataba de un caso menor. Mariela era apoderada de un colegio del barrio y quería probar que la tesorera del curso de su hijo se había quedado con la plata del viaje de estudios. Bruno se había descuidado, había postergado el inicio de la investigación, pero sabía que podía resolver el caso en un dos por tres.

—¿Te entró el mudito ahora? —preguntó la mujer.

—Está todo en marcha —dijo Bruno—. Pero en este momento no te puedo atender.

Bajó la cortina con el mismo estruendo de antes, pero ahora por fuera. Después caminó hacia la calle Victoria y alcanzó a escuchar a sus espaldas los gritos de Mariela: lo llamaba estafador, chanta, y lo amenazaba con denunciarlo, aunque no especificaba con quién.

***

La que hasta entonces aún consideraba su casa estaba a unas doce cuadras del local, en el mismo barrio de avenida Matta, hacia el oriente. Una casa esquina de doscientos veinte metros cuadrados, pintada de un color crema que María del Pilar llamaba *beige*. La había comprado a mediado de los noventa, aprovechando un ofertón de créditos hipotecarios. Eran los tiempos de prosperidad, cuando el negocio del espionaje andaba sobre ruedas, y el banco le puso el crédito sobre una bandeja de plata. Entonces trabajaba hasta con seis personas fijas, además de algunos esporádicos como el Duque Chico, el abuelo Abraham, el paco Nieto, gente de confianza de la que tuvo que prescindir en la medida en que el negocio se fue poniendo flojo. Acordaron con María del Pilar que ella pagaría el pie —había

recibido una herencia de su padre— y Bruno se encargaría de los dividendos. Y los pagó religiosamente durante más de diez años, incluso bajo los rigores de la crisis asiática, y ahora que no pudo pagar las últimas tres cuotas, el banco lo tapó con notificaciones y advertencias. Nunca entendió muy bien como operaba el sistema hipotecario, pero le hubiera gustado verle la cara al ejecutivo que le vendió el crédito y le prometió que ante cualquier dificultad no dudara en llamarlo. Hacía tres días lo había llamado y lo habían dejado esperando una hora con una musiquita de mierda en el oído.

Al abrir la puerta se sorprendió de ver a Antonella recostada en el sofá, descalza, con los audífonos de un mp3 en las orejas. Suponía que a esa hora estaría en el colegio. Luego apareció corriendo el pequeño Yerko, lo abrazó por la cintura y le pidió plata para un paseo de curso que realizarían la próxima semana a Talcahuano, para conocer el *Huáscar*.

Paravic se desprendió del abrazo y se acercó a Antonella que, aunque lo vio entrar, ni siquiera cambió de posición en el sofá. Bruno se paró enfrente y con los dedos como pinzas le sacó los audífonos de las orejas.

—¿No deberían estar en el colegio ustedes? —preguntó.

Antonella le recordó, con malos modos, que habían salido de vacaciones de invierno y que eso él debía saberlo. Bruno iba a defenderse, pero entonces apareció María del Pilar. Llevaba un buzo elástico ajustado al cuerpo y zapatillas negras. Un montón de ropa recién planchada le cubría la mitad de la cara y solo dejaba ver sus cejas gruesas, arqueadas en un gesto de sorpresa o de recriminación. Tenía cuarenta y cinco años, siete menos que Bruno, y conservaba el aspecto juvenil, atlético, de su época de tenista profesional. Lo saludó de malas ganas o, peor, sin gana alguna, y de inmediato se fue por el pasillo hacia la pieza del fondo, su pieza, la pieza matrimonial. Bruno miró a sus hijos, alternadamente, y luego partió tras ella.

Cuando entró al dormitorio, María del Pilar ordenaba la ropa en los cajones.

—No la voy a volver a ver. Te lo juro —le dijo y se sentó en la punta de la cama

María del Pilar siguió guardando la ropa sin mirarlo.

—Fue una lesera —siguió él—, ella se lo tomó muy a pecho... No sé cómo supo la dirección.

María del Pilar se detuvo, miró al vacío, en silencio, y luego dijo:

—Pobre cabra.

Y siguió ordenando.

—La cagué, está claro —se defendió Paravic—, pero te prometo que ya aprendí la lección.

María del Pilar cerró un cajón y luego desapareció en el baño. No cerró la puerta, de modo que Bruno escuchó el agua escurrir en el lavamanos. La conocía hacía más de veinte años, se habían casado hacía quince, y él no recordaba una sola vez en que ella entrara al baño y dejara la puerta abierta. María del Pilar regresó a la pieza.

—¿Y qué somos, amor, sino máquinas de hacer cagadas? —volvió a la carga.

Sentado en la cama, Bruno seguía sus movimientos con la mirada. María del Pilar parecía realizar una rutina de acondicionamiento físico: se ponía en cuclillas para mirar detrás de la repisa, se empinaba para colocar algo sobre el armario.

—Máquinas de hacer cagadas y de aprender —siguió Bruno—. La cagamos y aprendemos, la cagamos y aprendemos.

Esta vez María del Pilar se detuvo y habló, pero mirando la foto familiar que tenía encuadrada sobre su velador:

—Sí. Eres una máquina de cagarla. Eso está claro —dijo y, dándole la espalda, comenzó a sacudir la cortina del ventanal que se abría hacia un patio interior.

—Esta máquina ya aprendió —dijo Bruno y se levantó de la cama para enfatizar con los brazos la conclusión:

—Ustedes son lo más valioso que tengo.

María del Pilar se giró y le habló mirándolo a la cara.

—No sé qué me preocupa más... Que como investigador privado seái tan penca que no sepái esconder las evidencias, o que yo te importe tan poco que ni siquiera te des el trabajo de hacerlo.

Paravic bajó la vista hacia el piso de madera vitrificada.

—Lo primero al menos explicaría por qué tu negocio está como está —siguió ella—. Lo segundo no tiene remedio.

—Pili, en serio —aleteó Paravic—. Ahora todo va a ser distinto.

—Sí. Eso es seguro —dijo María del Pilar y le indicó hacia la esquina del dormitorio—. Ahí están tus cosas.

Era un bolso negro en el que Paravic hasta entonces no había querido reparar.

—Quiero que te las lleves ahora mismo —siguió ella—. Y te advierto que esta misma tarde voy a cambiar las chapas. Así que no intentes entrar de nuevo sin avisar.

2

"Si no nos dejan soñar, no los dejaremos dormir", decía el lienzo pintado con letras azules, amarrado con alambres a la reja metálica de la entrada principal, en medio de sillas y mesas dispuestas como barricadas. La edificación de ladrillos rojos había sido recientemente propuesta para convertirse en patrimonio nacional, aunque ahora solo parecía un fortín corroído por el tiempo.

Nicanor Nieto Nieto, sargento segundo de la Cuarta Comisaría de Santiago, observaba todo aquello desde el Honda Civic negro —modelo 1995— de Bruno Paravic, estacionado en la vereda contraria al edificio. Había sido designado a la guardia del lugar, una misión más bien rutinaria, sin la épica del año anterior. Aquel era el único liceo que, a siete meses

de que la presidenta creara el Comité Asesor, había decidido una toma de alerta ante la falta de resultados concretos. Una acción aislada, ya sin ninguna repercusión pública. Tanto que los superiores le pidieron a Nieto que simplemente avisara a la comisaría en caso de observar movimientos anómalos. Ante la insistencia de los llamados de su amigo Paravic, Nieto decidió tomarse unos minutos de descanso. Sabía que a esa hora —cerca de las tres de la tarde— no pasaba mucho al interior de la toma y, desde afuera, la batalla parecía librarse en el territorio de los sueños o, en cualquier caso, de la siesta.

El bolso negro descansaba en los asientos traseros del auto, junto a un afiche enmarcado en vidrio que, a último momento, Paravic decidió sacar de la bodega a donde había ido a parar. "James Bond, vive y deja morir", decía en letras rojas el afiche que él había logrado mantener en el living los primeros años de matrimonio hasta que, de un día para otro, María del Pilar lo despachó a la bodega.

—Déjala sola un rato —le dijo Nieto—. Ya se le va a pasar.

El detective no soltaba las manos del volante y miraba al frente como si estuviera hablando solo, como si Nieto no estuviese en el asiento del copiloto, con su uniforme de servicio y la gorra sobre las piernas.

—Nunca la había visto tan decidida —dijo—. Esta vez no es lo mismo de otras veces.

—Igual te lo merecís —le dijo Nieto y Paravic giró a mirarlo.

—Yo a la Pili la quiero, hueón —le respondió molesto, como si rematara con un argumento irrefutable.

Luego se miró en el espejo retrovisor. Tenía una cara perfectamente rectangular, como ladrillo, el pelo negro y los pliegues como cicatrices en la frente. Las ojeras se le habían convertido en bolsas con vida propia, independientes del resto de su cara. Habló, mirándose a sí mismo, sobre lo que creía eran las razones de fondo de su quiebre matrimonial. Las razones no tenían que ver con la infidelidad, a la que le restaba total importancia;

las razones, como en casi todo, eran económicas. Su negocio estaba en crisis y eso tenía a María del Pilar nerviosa, porque sabía que con su sueldo de profesora de Educación Física no le alcanzaba para mantener la casa.

—¿Ya le contaste que no hai pagado los dividendos?

—Ni hueón.

—Igual se va a enterar. Mejor que vayái al banco y tratís de repactar.

—Esas pirañas.

—¿Y el caso de esa mina, la del colegio? —quiso saber Nieto.

—Puro molido —le dijo Paravic—. Fue esta mañana a huevearme a la oficina.

—Te dio un adelanto. Mínimo que le respondai.

—Le resuelvo su caso en media hora. Pero ahora tengo otras prioridades.

—Me imagino.

Paravic pensaba que lo único que lo podía salvar del colapso definitivo de su negocio era una pega grande, un cliente con poder, algo como lo que, en los noventa, lo llevó a tener el mejor negocio de espionaje de Chile, incluso a vender la franquicia de La mansión del espía en distintos países de Latinoamérica. Eso fue después del vértigo que le trajo su aparición en *Sábado gigante* —sí, Don Francisco lo había entrevistado, tres veces—, años de desenfreno que terminaron con otro vértigo, el de la fábula familiar. Un torbellino en el que María del Pilar quedó embarazada, se fueron a vivir juntos, compraron la casa, se casaron, en ese orden, sin respiro. Cuando comenzaba a sentirse atrapado, surgió la posibilidad de vender la franquicia y eso le permitió viajar a Lima, a Bogotá, a Caracas. En Buenos Aires desempolvó del baúl de las tradiciones nacionales el precepto de la catedral y sus capillas: tuvo un romance con Daniela Carelli, la esposa de un funcionario del gobierno de Menem,

pero María del Pilar, histórica, noble y vigorosa, siguió siempre siendo la sede, la casa madre.

—Está peludo —le dijo Nieto—. Todos están cuidándose los bolsillos.

Paravic lo miró y arqueó las cejas negras y gruesas como un escobillón. Nieto levantó los hombros.

—La hueá inmobiliaria tiene la cagá en Estados Unidos —dijo—. Va a subir el petróleo, los alimentos, el transporte, todo.

—Chucha. Habló José María Navasal —se burló Paravic—. ¿Me querís levantar el ánimo?

Nieto era un tipo instruido, atento al acontecer nacional e internacional, leía al menos un par de libros al mes y, cuando llegaba a la comisaría en las mañanas, repasaba todos los diarios, muchas veces ante las burlas de sus propios compañeros de armas.

—Es así. Cagan los gringos y cagamos todos —siguió Nieto—. Acuérdate: política de resguardo y recesión. No se va a salvar nadie.

—Chucha.

—Excepto China.

En ese preciso momento a Nieto le sonó la radio y la conversación quedó interrumpida. Le avisaban que debía reportar la guardia.

—Tengo que seguir cuidando a los niños —dijo y abrió la puerta.

—Te llamo —le dijo Paravic y le mostró su Nokia Neo.

—Los chinos. El futuro está en los chinos —siguió Nieto, ya en la calle, asomado por la ventana abierta del copiloto.

3

Las cajas, arrimadas en tres hileras contra la pared, contenían la última exportación de Corea, unos falsos espejos que pensaba se podían vender también como juguetes para

Navidad. Mala idea. Ya habían pasado dos navidades, se había desecho apenas de dos cajas y no había conseguido más interesados que unos ambulantes del Paseo Ahumada. Había sido una jugada contraintuitiva que le costó incluso una pelea con su amigo Nieto: en medio de lo que hasta ese momento era la peor crisis de su negocio, importó los espejos, contrató al Duque Chico para un trabajo que podía haber hecho él mismo y viajó a Buenos Aires para visitar a su amiga Daniela. Ahora las cajas con los espejos hacían las veces de armario en el que Paravic colocó, meticulosamente doblados, los pantalones, las camisas, los calzoncillos y, sobre la última fila hacia la pared, los chalecos. Los trajes y el impermeable los colgó en el tubo de la cortina del baño, y cada vez que se duchaba debía llevarlos a la oficina. Las cajas le llegaban a la altura de la cintura, lo que hacía fácil maniobrar la ropa que iba eligiendo exclusivamente de arriba hacia abajo para no desordenar los montones. Había colocado los zapatos, seis pares, unos al lado de los otros bajo el sofá-cama. En la pared opuesta había colgado el afiche de James Bond, con Roger Moore al centro, de negro, en medio de autos descapotables, chicas en bikini, lanchas de lujo.

Como ya no quería gastar más en comer afuera, esa tarde decidió comprar en el persa Bío Bío una cocinilla con dos quemadores e instalarla junto al escritorio. No sabía cuánto se podía demorar María del Pilar en perdonarlo, pero sabía que esta vez debía tener más paciencia de lo habitual.

Trató de encender el fuego, pero al parecer el gas no llegaba a los quemadores. Giró la manguerita adherida a la válvula del balón de cinco kilos y la introdujo un poco más en la boquilla. Finalmente logró encender el fuego y poner a calentar sobre la sartén unas vienesas que pensaba acompañar con el tomate que compró en el almacén de la esquina. Entonces sonó la reja del local. Pensó que la cliente del colegio había vuelto a la carga y, pese a que sabía que ella tenía razón en sus reclamos, sintió una

rabia instantánea, visceral, como si en ella se resumiera toda la confabulación del destino en su contra.

Salió hacia la parte de adelante, giró la placa que vista desde adentro decía "abierto" y, al tirar la puerta de vidrio, se encontró de frente con un hombre de rostro pálido, los ojos café oscuros, pequeños, con bolsas en la parte inferior, apoyado sobre dos muletas de metal.

—¿Bruno Paravic? —preguntó.

Bruno asintió, mudo. Estaba obnubilado por el Lexus del año que, a espaldas del tipo, permanecía arrimado a la vereda. Un hombre de pelo corto, con una corbata roja, se asomaba por la ventana.

—Soy Gerardo Rojas —le dijo el tipo e hizo un gesto raro, como si trastabillara, para lograr estirarle la mano derecha sin soltar la muleta.

Cuando escuchó el nombre, Bruno se puso en alerta. Lo había visto hacía poco en televisión, en un programa de entrevistas en el que se hablaba de la infancia del entrevistado, siempre un personaje notable, Javier Miranda, Pablo Huneeus, Mercedes Ducci, Andrés Zaldívar. Recordaba la intervención de Rojas por la anécdota en el Liceo de Hombres de San Bernardo, donde contó que sus compañeros le sacaban el jockey y lo usaban de bacinica, para hacer pichí.

Ahora Rojas estaba ahí, con el pelo negro bien peinado hacia la izquierda, vestido con buzo y zapatillas que parecían nuevas, descansando sobre unas muletas que lo hacían parecer un espantapájaros o un crucificado. No lo miraba a los ojos, miraba como al vacío, a sus espaldas, persistentemente. Entonces dijo:

—Fuego.

Lo dijo en un tono neutro, impasible, como una reflexión. Paravic arrugó la frente, dudó un momento y, finalmente, cuando escuchó el crepitar a sus espaldas, se giró para ver lo que veía el empresario: su rostro se le iluminó con las llamas que salían desde la parte trasera del local.

4

Mojado de pies a cabeza, con la corbata roja en la mano, Marcelo Moraga Villagra permanecía abstraído en un peluche que había en la vitrina interior de *La mansión del espía*. Con el pelo muy corto, perfectamente afeitado, Moraga conservaba, pese a todo, la actitud marcial de quien acaba de cumplir un servicio a la patria. Durante casi diez años perteneció a la 21ª Compañía de Bomberos de Renca, hasta que hacía dos años había entrado a trabajar como chofer de Gerardo Rojas y desde entonces perdió todo interés por el fuego. De todos modos, con el instinto acerado por los años de servicio, reaccionó rápido al ver desde el auto las llamas. Dejó el Lexus pegado a la vereda, entró al local, dio instrucciones a su jefe y a Paravic para que se alejaran y él mismo llamó a la Bomba España, la compañía más cercana.

Rojas, por supuesto, no le hizo caso. En vez de alejarse del fuego, llegó hasta la puerta misma de la oficina y, con la muleta derecha, fue indicando los lugares que creía debían ser atacados con prontitud. Resignado, Moraga se sacó la corbata, se remangó la camisa y obedeció a su jefe. El fuego se había focalizado en torno a la cocinilla, había escalado hasta el techo y, asomado por la puerta, dificultaba la entrada a la habitación. La envergadura física de Paravic le impedía ingresar, por lo que se limitó a gritarle a Moraga que tirara las cosas hacia la habitación de adelante. Moraga descubrió rápido que la cocinilla seguía expulsando gas por la conexión mal hecha de la manguera. Con un mango extensible de fierro que encontró sobre las cajas consiguió cortar el paso y controlar el fuego. Se había quemado el escritorio casi por completo, incluyendo el monitor de las cámaras de seguridad, además de un esquinero donde Paravic guardaba la papelería contable. La alfombra sintética había desaparecido casi sin dejar rastros y en el techo había quedado estampado un círculo de hollín negro. Cuando llegaron los

bomberos se encontraron solo con rastros de lo ocurrido, aunque de todos modos entraron tirando agua a diestra y siniestra, y un chorro le llegó a Moraga por la espalda.

Ahora los bomberos removían con chuzos los muebles convertidos en brasas, lo remataban con más agua y dejaban en el aire un fuerte olor a azumagado. Moraga, por su parte, se había desentendido del asunto y, en la parte de adelante, miraba el peluche mientras balanceaba la corbata en la mano. Unos pasos más atrás, cerca de la cortina, Gerardo Rojas esperaba junto a Bruno Paravic que los bomberos salieran de la pieza interior.

—Para Heráclito el fuego es el *arjé*... —comentó Rojas, con una de las muletas apoyada sobre una poza de agua.

Paravic lo miró sin entender. Estaba aún exaltado, tratando de asimilar el momento. Le parecía una coyuntura bisagra, una de esas circunstancias en la que confluían fuerzas misteriosas que podían cambiar la vida para bien o para mal. Había perdido casi toda su ropa, pero se salvaron los trajes, el impermeable y el piyama gracias a que estaban en el baño; el afiche de James Bond, de manera inexplicable, salvó ileso. Todas señales que debía descifrar, pero sobre todo una: tenía al frente a un cliente de alta gama que, pese a sus dificultades para desplazarse, se había tomado la molestia de ayudarlo a sofocar el incendio y de esperar a que todo pasara. Porque eso era, un cliente, no había otra razón por la que Rojas pudiera estar ahí, aunque no haya tenido tiempo aún de explicarle.

—El origen —siguió Rojas—. El origen de las cosas. Nacimiento y destrucción.

El bombero que dirigía las maniobras se acercó a Rojas y le estiró un papel.

—Quedó como amago entonces. Tiene que firmar aquí…

Rojas lo miró a los ojos y sonrió.

—Él es el dueño —le indicó a Paravic con los labios.

El bombero le pasó el papel a Paravic.

—Tuvo suerte —le dijo—. No se puede cocinar en un espacio tan cerrado.

Bruno se puso incómodo con el comentario del bombero. Le pareció que podía causarle una mala impresión a Rojas.

—Está bien —dijo—. Le diré al personal.

Paravic firmó el papel y el bombero, junto a sus tres compañeros, se retiró chapoteando las botas sobre las pozas de agua que habían dejado. Moraga, en tanto, seguía con la mirada fija en el peluche de la vitrina.

—Mañana hago los trámites con el seguro —dijo Bruno.

Mentía. No tenía seguro. Había dejado de pagarlo hacía un año y hacía cuatro meses le habían cancelado la póliza. Rojas observaba todo apoyado en sus muletas. Miraba con cierta fascinación hacia el techo, las vitrinas, el piso mojado.

—Por suerte no le agarró la mercadería. ¿Son caras estas cosas? —preguntó.

—Depende. ¿Qué tipo de implemento está buscando?

—No, yo no ando buscando nada.

Bruno y Rojas se miraron a los ojos. Fue un momento intenso, la chispa de algo. Entonces Moraga interrumpió.

—¡Ahí está! —soltó el chofer con una sonrisa; con el índice apuntaba hacia la vitrina—. La pillé.

Ni Bruno ni Rojas entendieron y se limitaron a girar el cuello lentamente hacia Moraga.

—En el ojo izquierdo. Ahí está la cámara —aclaró él, orgulloso.

Rojas negó con la cabeza y retomó la conversación.

—Vine porque me dijeron que seguía ofreciendo sus servicios de espía —dijo.

—Agente de inteligencia —aclaró Paravic.

Rojas levantó el mentón y frunció el ceño.

—Parece una sutileza, pero en esas sutilezas está la diferencia… —aclaró Bruno.

—El fuerte de mi negocio es la inteligencia. La tienda es un complemento. ¿Necesitas alguna asesoría?

—Puede ser —dijo Rojas y repitió—: puede ser.

Moraga seguía mirando el oso de peluche, pero ahora sin real interés.

—Es feo que lo diga yo —Bruno entró con todo—, pero no hay en Chile alguien más capacitado en estas materias.

—Puede ser —dijo otra vez Rojas—. Pero ahora me voy. Buenas tardes.

Moraga lo escuchó y se puso alerta. Rojas le hizo un gesto con las cejas y él lo interpretó de inmediato: sin soltar la corbata metió los dedos en el bolsillo de su camisa y le estiró a Bruno una tarjeta de visita. Luego salió detrás de su jefe, que ya tenía la muleta derecha apoyada en la vereda.

El detective, desconcertado, se quedó mirando la tarjeta.

5

—La media cagadita —soltó Nieto, con la mirada pegada en la mancha de hollín del techo.

Acelerado, con los ojos rojos y la boca seca, Bruno se levantó de la silla.

—Filo. La solución está ahí.

En la pared, sobre el sofá-cama, una serie de fotos impresas en papel tamaño carta, pegadas con scotch y unidas hacia arriba y hacia abajo con trazos de plumones de distintos colores.

—¿Y eso?

—El mundo Rojas —explicó Bruno.

—¿El loco de la Universidad Tomista?

Nieto, que estaba de franco, se acercó a la pared con las manos metidas en una chaqueta azul de plumas.

—Él mismo —siguió Paravic, a sus espaldas—. Partió con un centro de formación técnica todo picante y hoy es un magnate.

La oficina aún olía a humedad y parecía que en la esquina alguien hubiera hecho una fogata para calentarse del frío. Bruno no solo no había barrido los destrozos, sino que le había sumado bolsas de comida, ropa sucia, cuentas y *flyers* que le tiraban por debajo de la cortina. Y había decidido usar la pared como pizarra. Nieto se fijó en la foto en blanco y negro que estaba al centro de todo. Rojas en un sofá, de terno, la corbata larga que salía del plano, el reloj de metal en la muñeca izquierda. Una sonrisa ambigua, incompleta, el pelo perfectamente ordenado y unas ojeras profundas que le achinaban los ojos hasta casi cerrarlos. A un costado, Bruno había escrito a mano alzada: Universidad, Corporación, Lavín, De la Cuadra. Y algunos años: 1988, 1990, 1993, 1995, 1996, 2005.

—En total, entre universidad, centros de formación técnica y colegios, tiene más de sesenta mil estudiantes. ¿Sabís cuanto es eso?

Nieto levantó los hombros y luego volvió a mirar la mancha en el techo.

—Un Estadio Nacional completo —le explicó Paravic.

Nieto se rascó el cuello por un costado y arrugó la nariz, incrédulo.

—¿No te dai cuenta? —siguió Bruno—. Cuando finiquite el negocio pinto y remodelo toda esta cagada.

—Estaría bueno.

—Escúchame —le dijo Bruno, impaciente—, siéntate y escúchame.

Lo tomó por los hombros y lo condujo hasta la silla giratoria.

—Tranquilo —Nieto forcejeó por un momento. Bruno lo soltó. Entonces fue Nieto quien tomó la silla giratoria y, mirando hacia la pared, se montó en ella abrazado al respaldo.

—Te escucho.

—El negocio está muy bien pensado —le dijo—. Rojas es dueño de la Corporación Tomista, pero a través de Corpus

Christi Ltda., el hueón compra propiedades que se las arriendan a su propia universidad para justificar gastos.

—¿Y es legal?

—Tienen políticos en el directorio. No solo la Universidad Tomista, todas las universidades.

—¿Y? ¿Estái pensando en poner una universidad?

Nieto sonrió, se dio impulso con los pies y se alejó marcha atrás en la silla.

—Este hueón no es cualquier hueón —le dijo Bruno, martillando con el índice el centro de la foto, justo sobre el nudo de la corbata.

Nieto se levantó y se acercó a Paravic por la espalda. La corona de la cabeza le llegaba hasta el hombro.

—¿Y en qué estás pensando? —quiso saber.

—Análisis estratégico, seguridad, espionaje empresarial… —Bruno se giró brusco a mirarlo —. Aquí hay una mina de oro, hueón.

—Ojo. Ya sabemos los problemas que te traen a ti las minas.

Paravic se quedó mirándolo en silencio.

—¿Qué pasa?

El detective sacudió las cejas varias veces.

—Tengo reunión con él el próximo martes.

6

Los espejos reproducían al infinito el movimiento eléctrico, bullente, de una ciudad que ignoraba la crisis económica que se desataría dentro de pocos meses. Si llamar Sanhattan a ese pedacito de la comuna de Providencia era una muestra alegre y conmovedora de optimismo, la debacle de las hipotecas *subprime* que desde Wall Street haría tambalear la economía mundial, lo volvería un gesto patético. Pegado a los ventanales que cubrían toda la pared norte de una oficina en el piso 32 del edificio Las Industrias, templado por la calefacción central

y por los acordes de Händel, Bruno Paravic participaba de ese aliento optimista, imaginando el futuro que estaba seguro se merecía después de sortear años tan malos. La ciudad desde ahí parecía otra ciudad el río, abajo, otro río y al fondo el cerro otro cerro. Se imaginó a él mismo allá abajo, hacía unos minutos, caminando por la Costanera: un oso con el cuerpo mal distribuido —el torso mucho más grande que la parte inferior—, envuelto en un impermeable negro, preocupado de que la arenilla húmeda del parque no le manche los zapatos que tuvo que comprarse para la ocasión. También él parecería otro allá abajo, uno que cruza al trote la avenida Andrés Bello y se detiene frente al edificio con una placa que dice "World Trade Center"; se sube las gafas oscuras, evalúa su aspecto reflejado en una de las paredes de vidrio y luego entra.

Bruno Paravic giró para mirar hacia el interior de la oficina. Las paredes blancas, el escritorio del tamaño de una cama matrimonial, los sillones de cuero café oscuro, los cuadros y las fotos iluminados con pequeños focos halógenos. Caminó para mirar en el escritorio. Papeles arrumbados unos sobre otros, un vaso de agua a medio tomar, una agenda Rhein, fotos enmarcadas que miraban hacia la silla giratoria, dos teléfonos celulares, un BlackBerry y un Motorola con tapa. ¿Qué tipo de confianza era esa que lo dejaban solo ahí por tanto rato?

Antes de permitirle subir, los guardias lo hicieron esperar un largo rato en el *hall* del edificio mientras se comunicaban con la oficina; después lo revisaron, le pidieron su carnet y le indicaron el camino. Al bajar del ascensor lo recibió Myriam, la secretaria, una mujer de unos cuarenta años, con unos inmensos aros de plata, que lo condujo hasta el final de un pasillo. Frente a un bloque de mármol pulido activó con una tarjeta magnética que, por obra de magia, convirtió el mármol en la puerta que daba el acceso a la oficina. Después le dijo que don Gerardo ya llegaba, que tuviera un poco de paciencia y desapareció tras la puerta que esta vez pareció cerrarse sola.

Con las manos en los bolsillos del impermeable, Paravic buscó en las esquinas de la oficina, luego en los bordes de los focos halógenos y en la lamparita de la mesa de centro. No parecía haber cámaras, aunque con el apuro y los nervios había olvidado su *anti-spy*, esa cajita negra, de menos de diez centímetros que siempre llevaba a las reuniones. Observó las fotos que colgaban de la pared como en la exposición de una galería de arte. En todas aparecía Rojas, con la misma sonrisa forzada, como si hiciera un gran esfuerzo. Junto a Juan Pablo Segundo, junto al presidente Frei Ruiz-Tagle, junto a Bill Clinton, junto a sor Teresa de Calcuta. Giró y volvió hacia el escritorio. Rojas tenía ahí fotos más pequeñas, encuadradas y apoyadas sobre soportes de madera. La primera foto que vio, sin tomarla, fue la de una pareja ya de edad, posando serios delante de una piscina. Se inclinó para mirarla mejor y entonces la voz de Rojas a sus espaldas lo sobresaltó.

—Son mis padres —le dijo—. Los dos vivos con el favor de Dios.

No entró por la puerta de mármol, de eso estaba seguro. Bruno se giró y se quedó asintiendo con una sonrisa boba. ¿Alguno de esos espejos era una puerta falsa?

—Bonitas fotos —dijo.

Rojas soltó las muletas, que cayeron con estruendo y quedaron tiradas en el piso flotante. Luego caminó lento hacia su escritorio.

—Ya estoy mejor. Fue hace cuatro meses y mire… —se detuvo frente a Bruno y levantó las manos hacia el techo—. Un milagro.

Ahora vestía formal, pero sin corbata. Bajo el traje azul llevaba un jersey negro, de cuello alto.

—Perdone, don Gerardo… ¿Pero qué le pasó?

Rojas dio la vuelta al escritorio y se dejó caer sobre la silla giratoria.

—En La Barceloneta… Trotaba por el borde de la playa, entre la arena y la calle, digamos. Aún no amanecía del todo. No recuerdo mucho más. Me dijeron que había un hoyo de tres metros, un pozo del alcantarillado antiguo que alguien había destapado durante la noche… Fracturas múltiples de los calcáneos. Me los hicieron de nuevo.

Bruno abrió los ojos grandes, tratando de mostrar admiración.

—¿Los demandó? Ahí hay una negligencia tremenda. Del municipio, de la empresa de aguas, no sé.

—Me hubiera forrado. Pero preferí enfocarme en mi recuperación. En esos momentos críticos uno tiene que decidir bien en qué invertir la energía física y espiritual.

—Claro. Entiendo.

—Dos meses acostado y aquí estoy. Me ayudó el padre Tomás Morales, es cierto. Un santo —Rojas indicó una foto en el escritorio que Bruno no alcanzaba a ver—. ¿No quiere sacarse ese impermeable?

Nieto le decía que eso del impermeable negro era como un cliché, pero a él le gustaba usarlo, especialmente en los días de invierno como ese, sentir la lluvia escurrir por la tela.

—No se preocupe, don Gerardo. Estoy bien así.

—Siéntese al menos.

Rojas le indicó la silla, al otro lado del escritorio, y Bruno obedeció.

—¿Cómo le fue con el incendio? ¿Ya arregló sus cosas?

—Sí. Todo en orden. Muchas gracias.

Bruno se fijó que Rojas abría su agenda y con una lapicera plateada anotaba algo que subrayaba dos veces.

—Gracias por venir —le dijo y dejó la lapicera entre las páginas de la agenda.

—Estoy para lo que me necesite. No solo yo. Somos un equipo interdisciplinario. Si quiere le explico brevemente cómo y en qué áreas operamos.

Rojas escribió en su agenda.

—No es necesario —dijo luego—. Tengo referencias suyas. Prefiero que vayamos al grano.

—Usted dirá.

—Mañana viajo a China. Estoy abriendo un camino inédito en el ámbito del intercambio educacional. Allá está el futuro.

Bruno se acomodó sobre la silla, entusiasmado, y apoyó los antebrazos sobre el escritorio.

—Es lo que yo digo siempre, don Gerardo. Me dicen que viene una crisis financiera importante en Estados Unidos… —En silencio le agradecía a su amigo Nieto por el dato—. La solución está en los chinos…

Rojas asintió y luego tomó uno de los pequeños cuadros que tenía apoyado sobre el escritorio. Le dio una última mirada y se lo extendió a Bruno.

—Ella es Verónica. Mi mujer.

Bruno miró la foto sin mayor interés. Pelo largo color cobre, nariz aguileña, sonrisa blanca; evidentemente más joven que Rojas. Se quedó con el cuadro en la mano y miró a Rojas a los ojos.

—Quiero que la vigile mientras yo no estoy.

—¿A su mujer?

Bruno hizo un puchero con el labio hacia afuera, un gesto inconsciente, regresivo, que Rojas apenas percibió.

—El pago lo verá directamente con Myriam.

Bruno solo miraba la foto, sin decir nada.

—¿Puede hacerlo o no? —le habló Rojas, impaciente.

7

Moraga lo miró por el retrovisor. Su jefe llevaba los ojos cerrados, como si durmiera.

—La ausencia es lo que hace valorar la presencia —dijo, sin abrir los ojos.